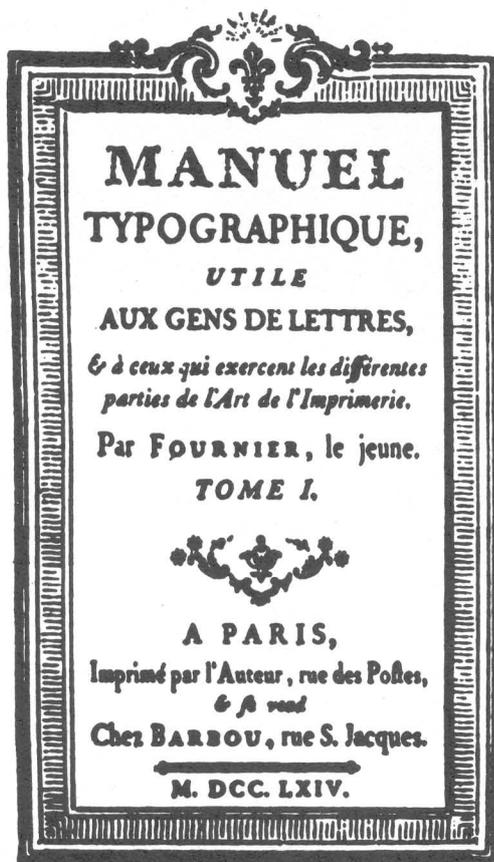


DE LIBROS Y LECTORES

Cuando se acerca el 23 de abril se me echa encima un verdadero problema. Es algo así como la onomástica de mi mujer: siento la necesidad de regalarle alguna cosa que le agrade y le diga mis sentimientos, pero es difícilísimo saber qué. En el día del libro me siento obligado dulcemente a expresarle mis sentimientos, ofrendarle un obsequio a este viejo y querido amigo pero ¿qué decirle que no haya sido dicho?

Del libro y de la biblioteca, ya se ha escrito



bastante. Su biografía ya ha sido magistralmente trazada por diversos autores, entre ellos nuestro ilustre paisano el Dr. D. Agustín Millares Carlo en su "Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas".(1)

Tras pensar mucho mi yade por sí mermado cerebro, se me ha ocurrido que quizás pudiera resultar de interés la clasificación que la experiencia me ha enseñado de aquellos que se acercan al libro.

Trazaría, primeramente, una gran división entre "lectores" y "no lectores". Entre estos últimos, el uso que se da al libro es variadísimo:

(1) MILLARES CARLO, Agustín. "Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas". Fondo de Cultura Económica, primera reimpresión. Méjico, 1975.

los coleccionistas lo adquieren como una pieza más de colección, mientras que los adornistas solo buscan la estética en una estantería; los contudentistas se acercan a los libros sólo "per accidens" como arma para golpear o arrojar y los hipnotistas lo utilizan como un inductor hipnótico sin efectos secundarios ni peligro de adicción.

Entre los que denominamos "lectores", podemos trazar una subdivisión, evidentemente arbitraria, basándonos en la capacidad de lectura, en la intensidad, en la velocidad y en el tipo de materia a escoger. Téngase presente que esta lista es únicamente enumerativa y nunca pretende ser exhaustiva.

Por la capacidad de lectura podemos distinguir entre glotones, verdaderos devoradores de libros con peligro de indigestión incluidos; equilibrados, cuya lectura se acompasa armónicamente con las necesidades de su espíritu; y, por último, los depauperados o anémicos, aquellos que sólo practican la lectura evasiva o cuyo tiempo a tal fin se reduce al que la televisión dedica a conciertos.

Por la intensidad de lectura la división es sencilla. Los hay profundos, exprimidores de las páginas hasta extraer todo el sumo espiritual que contienen; y los hay superficiales, que pasan por las hojas como el otoño: arrancándolas y dejando que el viento diario de la vida las arrastre.

También es sencilla la división en razón de la velocidad de lectura. Los hay que leen rápidamente, sin que ello implique una lectura superficial, como don Marcelino Menéndez Pelayo.

Hoy existen cursos de lectura rápida destinados a enseñar a buscar la esencia de los párrafos y no la hojarasca que los adorna. También los hay sibaritas de la lectura, los lentos que degustan cada página, cada palabra, diría, incluso, que cada letra. Paladean el libro, y sus espíritus se remansan y tranquilizan.

Por último, y en razón de la materia, hay lectores selectivos que separan, eligen y programan con mucha precisión sus libros; se marcan unos objetivos bien sea de formación, de "relax", o de meditación y en tal sentido orientan su tiempo de leer. Sus oponentes serían los maniáticos de la lectura; aquellos que leen hasta la letra pequeña de los prospectos de medicamentos, lo que dicen los anuncios por palabras de la prensa y toda aquella letra o sílaba que cae bajo la jurisdicción zonal de su mirada.

--oo00oo--

Este es, en resumen, mi regalo, mi contribución al libro en su onomástica. No es gran cosa. Pero, como decimos por estas tierras benditas, "con voluntad es..."

JUAN ANTONIO MARTINEZ DE LA FE